



Theology Corner

Vol. 100 – January 12th, 2020

Theological Reflections by Paul Chutikorn - Director of Faith Formation

“Why Should We Avoid Extending Our Hands During the Our Father?”

This is a question that comes up often in Catholic circles, and even more so recently with Fr. Roga announcing that Bishop Cary is asking for the laity to stop raising their hands up during the “Our Father” prayer. In response to this, I want to provide clarifications for the reasoning behind this request. This will only be a brief explanation because a more complete explanation including the precise role of the laity will be given at the [Liturgy Seminar on January 29th at 6pm.](#)

The first very important thing to understand about the liturgy is that there is nothing arbitrary about it. Every single thing has meaning – when we sit, when we stand, the gestures we make, *everything*. The reason for this is because everything is meant to help us, as human beings, to understand (by way of our body) what is happening or what is present at that very moment in the liturgy. For example, we genuflect before entering our pew because we are in the presence of Christ in the Blessed Sacrament (present in the tabernacle). Our bodily movement in this case honors our Lord in a similar way to how people genuflect before their king. Now this ‘posture’ of raising ones hands up is known liturgically as the *orans* (“prayer”) posture (arms tucked in, hands out, palms open). This is the posture that is designated for the priest alone. The signification of this posture is to draw a clear distinction between the role of the priest and the role for the laity. You will notice that the priest uses this posture during times when he is praying on behalf of the people (Opening Prayer, the Prayer Over the Gifts, the Our Father, and the Post-Communion prayer). When the priest prays *with* the people, his hands are folded in the ordinary prayer posture. One should see that the folded hands posture of prayer is appropriate for common prayer while the *orans* posture is appropriate for distinct priestly prayer. The clear distinction of roles is thus made between the *ministerial priesthood* (ordained priests) versus the *common priesthood* of the faithful.

A further question one may ask is why the priest uses the *orans* posture during the “Our Father” prayer when we are all praying this together as opposed to the priest praying on our behalf? Well, the fact is that the priest has *always* prayed the Our Father prayer on our behalf during the liturgy. The one allowance that was made was in the *Instruction on Sacred Music and Sacred Liturgy*, published in 1958, when the congregation was allowed to recite the Our Father in unison with the priest. But it is important to note that while it was permitted to pray the “Our Father” prayer *with* the priest, this did not create a new role for the congregation to pray on behalf of the people, but instead opened up this prayer to be recited as a common people preparing ourselves for the Eucharist. The very fact that this prayer is *only* prayed on behalf of the people by the priest himself, the proper posture for the priest remains the *orans* with hands extended. However, in order to prevent blurred lines in the proper roles of the priest and the congregation, it is most proper for the congregation to maintain the common gesture of prayer with hands folded as this properly signifies the role of the laity in liturgical prayer.

One final thought on this matter is to address those who may feel that rules and guidelines in the liturgy are in some way Pharisaic. This would only apply if the rules and guidelines were instituted solely for the sake of imposing rules, but this is simply not the case. The rules are put in place in order that the faithful can direct their worship properly to God, while also ensuring that what we do does not lead to a misunderstanding of the teachings of the Church, which would effectively diminish the truth of our actions. This is why the liturgy must have a certain order to it, so that we can accurately reflect the truth, goodness, and beauty, that is found in its entirety in the one whom we direct all of our worship towards – God himself.



“Por Que Tenemos el Sabado?”

Esta es una pregunta que surge a menudo en los círculos católicos, y aún más recientemente con el p. Roga anuncia que el Obispo Cary está pidiendo a los laicos que dejen de levantar las manos durante la oración "Nuestro Padre". En respuesta a esto, quiero proporcionar aclaraciones sobre el razonamiento detrás de esta solicitud. Esta será solo una breve explicación porque se dará una explicación más completa que incluye la parte preciso de los laicos en el **Seminario de Liturgia el 29 de enero a las 6pm (en Ingles)**.

Lo primero que hay que entender sobre la liturgia es que no tiene nada de arbitrario. Cada cosa tiene sentido: cuando nos sentamos, cuando nos paramos, los gestos que hacemos, todo. La razón de esto es porque todo está destinado a ayudarnos, como seres humanos, a comprender (a través de nuestro cuerpo) lo que está sucediendo o lo que está presente en ese mismo momento en la liturgia. Por ejemplo, hacemos una genuflexión antes de entrar a nuestro banco porque estamos en presencia de Cristo en el Santísimo Sacramento (presente en el tabernáculo). Nuestro movimiento corporal en este caso honra a nuestro Señor de una manera similar a cómo la gente genuflexiona ante su rey. Ahora esta "postura" de levantar las manos en alto se conoce litúrgicamente como la postura orans ("oración") (brazos doblados, manos extendidas, palmas abiertas). Esta es la postura designada solo para el sacerdote. El significado de esta postura es establecer una distinción clara entre la parte del sacerdote y la parte de los laicos. Notarás que el sacerdote usa esta postura cuando reza en nombre de la gente (oración de apertura, oración por los dones, el Padre Nuestro y la oración posterior a la comunión). Cuando el sacerdote reza con la gente, sus manos se cruzan en la postura de oración ordinaria. Uno debería ver que la postura de la oración con las manos juntas es apropiada para la oración común, mientras que la postura de los oranos es apropiada para la oración sacerdotal distinta. La clara distinción de responsabilidad se hace así entre el sacerdocio ministerial (sacerdotes ordenados) versus el sacerdocio común de los fieles.

Una pregunta adicional que uno puede hacerse es ¿por qué el sacerdote usa la postura de los oranos durante la oración del "Padre Nuestro" cuando todos rezamos juntos en lugar de que el sacerdote reza en nuestro nombre? Bueno, el hecho es que el sacerdote siempre ha rezado la oración de Nuestro Padre en nuestro nombre durante la liturgia. La única asignación que se hizo fue en la Instrucción sobre Música Sagrada y Liturgia Sagrada, publicada en 1958, cuando a la congregación se le permitió recitar el Padre Nuestro al unísono con el sacerdote. Pero es importante tener en cuenta que si bien se permitió rezar la oración "Nuestro Padre" con el sacerdote, esto no creó un nuevo responsabilidad para que la congregación rezara en nombre de la gente, sino que abrió esta oración para ser recitada como gente común preparándonos para la Eucaristía. El hecho mismo de que esta oración solo sea rezada en nombre del pueblo por el sacerdote mismo, la postura adecuada para el sacerdote sigue siendo la de los oranos con las manos extendidas. Sin embargo, para evitar líneas borrosas en los responsabilidades apropiados del sacerdote y la congregación, es más apropiado que la congregación mantenga el gesto común de oración con las manos cruzadas, ya que esto significa correctamente la parte de los laicos en la oración litúrgica.

Una última reflexión sobre este asunto es abordar a aquellos que puedan sentir que las reglas y pautas en la liturgia son de alguna manera farisaicas. Esto solo se aplicaría si las reglas y directrices se instituyen únicamente por el simple hecho de imponer reglas, pero este simplemente no es el caso. Las reglas se ponen en práctica para que los fieles puedan dirigir su adoración adecuadamente a Dios, al tiempo que aseguran que lo que hacemos no conduzca a un malentendido de las enseñanzas de la Iglesia, lo que efectivamente disminuiría la verdad de nuestras acciones. Es por eso que la liturgia debe tener un cierto orden, para que podamos reflejar con precisión la verdad, la bondad y la belleza, que se encuentra en su totalidad en aquel hacia quien dirigimos toda nuestra adoración: Dios mismo.